

EL CELEBRADO REGRESO DE MARÍA ZAMBRANO A NINGUNA PARTE

ALEJANDRO RODRÍGUEZ DÍAZ DEL REAL

Universidad de Ljubljana

Resumen: Pocos nombres hay en las letras españolas tan manoseados por autoridades de todo signo político para inaugurar estaciones ferroviarias, instituciones, calles o barriadas como el de la filósofa María Zambrano y, a su vez, pocos autores han sido tan ignorados o mal leídos a la hora de tener en cuenta una obra que descolla por su universalidad y relevancia en la filosofía y la ensayística occidentales.

El regreso a España de la autora andaluza en los años 80, tras más de cuatro décadas de exilio, corrió paralelo a un nuevo fenómeno: concebir lo cultural como un evento más de la mercantilización y de la cultura de masas. Aquella escenificación nunca interesó realmente a Zambrano, pues en sus palabras nunca se había ido de España (Varo Baena, 2006:15) y en el tiempo transcurrido fuera de su patria había aprendido a amar el destierro.

La comunicación es una reflexión sobre la vuelta de Zambrano a un país que ya no era el mismo, pues no pudo volver a ser la república perdida, aquella con la que tanto ella como muchos de sus compañeros de generación se habían identificado de forma tan intensa, en el contexto de una Transición velozmente mitificada y orquestada por una élite que no dudó en encaminar la cultura hacia la mercadotecnia y el espectáculo mediático en los que terminaría degradándose.

Palabras clave: María Zambrano, cultura de masas, mercantilización, regreso, transición

Abstract: In recent years María Zambrano's name has been used like no other names in Spanish culture by political authorities to inaugurate railway stations, institutions, streets or neighborhoods, and at the same time her writings have been ignored or misread considering a work that excels by its universality and importance in the essay genre and Western philosophy. The return to Spain in the Andalusian author in the 80s, after more than four decades in exile, ran parallel to a new phenomenon: the cultural conception

as an event more of commercialization and mass culture. Such a circus never really interested Zambrano, because in his words she "had never left Spain" and during the time spent abroad she had learned to love her exile. This communication offers a reflection on Zambrano's return to a country that was no longer the same, as it couldn't retrieve the lost Spanish Republic, that stateform in which she and many others of her generation had believed so strongly, in a new context of a rapidly mythologized *Transición*, led by an elite who did not hesitate to bet increasingly for a degrading marketing culture and media spectacle.

Keywords: María Zambrano, mass culture, commercialization, return, Spanish transition to democracy

1. Introducción

En la mayoría de los regresos que se produjeron tras la muerte del general Franco y el restablecimiento de la democracia en España, la persona u obra que regresaba iba precedida de una idea clara por parte de los españoles a la hora de encuadrar su valor literario, artístico o simbólico. Así, Rafael Alberti llegó en 1977 precedido, quizás también reducido a compañero generacional de García Lorca o, como mucho, en calidad de autor de *Marinero en tierra* (1925); Picasso —que había muerto en 1973— volvió metonímicamente en 1981 en forma de aquel escoltadísimo fetiche pictórico que era el *Guernica*; Claudio Sánchez-Albornoz (presidente de la República en el exilio entre 1962 y 1971) fue recibido en el aeropuerto por unos medios de comunicación a quienes confiesa que venía llorando; Dolores Ibárruri llegaba precedida de toda un aura mítica y, por supuesto, de su apasionado sobrenombre, "Pasionaria", casi un anafórico trasunto del "No pasarán...".

¿Y María Zambrano? En un país del que las estadísticas informaban que un tercio de los españoles no leía un solo libro en 1978, porcentaje que llegó a casi la mitad (45%) que decía no leer absolutamente nada en 1985, poco impacto mediático podía producir la, llamémosla por su etiqueta reductiva, «filósofa de la razón poética». María Zambrano Alarcón vuelve a pisar España un 20 de noviembre de 1984, exactamente nueve años después de la muerte del dictador.

La concesión del Premio Príncipe de Asturias de las Letras en 1981 y del Premio Cervantes en 1988 supusieron dos hitos a la hora de impulsar la divulgación de su valiosa obra, pero Zambrano no empezaría a ser leída por un público «amplio» hasta la década de los noventa, y su nombre empezaría a usarse incluso para bautizar modernas estaciones ferroviarias o incluso

buques de salvamento ya en el nuevo siglo. El esfuerzo de abstracción necesario para intentar comprender la relación entre el pensamiento zambrano y la alta velocidad demuestra por sí solo hasta qué punto es precario el conocimiento de su obra.

Si el regreso de los exiliados tuvo casi siempre una trazabilidad en la percepción de la población española, el caso de Zambrano es quizá la historia de un regreso a ninguna parte, en parte por la inaccesibilidad de su obra ante un público lector poco formado, más allá de unas élites universitarias que además habían estado demasiado dedicadas al marxismo y a la lucha de clases durante los setenta como para entender los bizantinismos intimistas de la filósofa veleña.

El regreso de Zambrano se produjo en una década, la de 1980, en la que se generalizó o acabó de generalizarse la mercantilización del libro y la nueva idea del libro no tanto como transmisor de ideas, sino como producto de consumo, y la mayor preocupación de las casas editoriales por el número de ejemplares o tiradas, que pasan a desempeñar un papel de mayor relevancia que el propio programa de autores o títulos publicados. Un fenómeno claramente identificable ya en los noventa, por ejemplo, con la extensión de ciertas costumbres en las librerías como la de apilar piramidalmente varias decenas de ejemplares de un mismo título, visión ante la cual el lector deja paulatinamente de serlo y pasa a convertirse en comprador-partícipe de la literatura como fenómeno de masas.

2. El regreso a un país diferente

A la pregunta de una periodista en 1984 sobre qué sentía al regresar, María Zambrano le responde: “¿Regresar? Si yo nunca me he ido” (Varo Baena, 2006:15). Zambrano afirma no haberse ido nunca, pero el país que encuentra cuando vuelve a España es un país radicalmente diferente del que había abandonado en enero de 1939. Y ya no tanto por la impronta de la dictadura franquista, cuyos años más terribles habían sido los de la inmediata posguerra. En su evolución interna, el franquismo había emprendido una lenta y camaleónica transformación desde los postulados fascistas y nacionalsocialistas hasta posiciones pro-occidentales tanto en las políticas gubernamentales concretas como en el acercamiento sociocultural que había experimentado una sociedad que se sentía crecientemente europea y que ansiaba la democracia. La muerte de Franco y la transición democrática no hicieron más que acelerar ese proceso de reoccidentalización, a pesar de las dificultades de una persistente crisis económica por el colapso petrolífero de 1973.

El regreso de María Zambrano a la España de los años 80 supuso el descubrimiento, muy probablemente agrídulce, de un país en el que la clase

media se había ampliado de forma considerable desde hacía ya dos décadas sobre la base de la economía de mercado. En 1981 había entrado en vigor la segunda ley de divorcio de la historia de España (Zambrano recordaba perfectamente la primera, que había existido medio siglo antes, en la República) y el sueño republicano de figuras como Campoamor sobre la igualdad de sexos empezaba —ahora sí— a hacerse tímidamente realidad en la vida pública en general y universitaria en particular.

3. La transformación de la cultura en España en los años 80

Tras la muerte de Franco y la transición democrática, el cambio más visible que se produce en la sociedad española es, sin duda, el cultural, estrechamente vinculado con el triunfo de las clases medias y de una mentalidad urbana y, en palabras que ya han sido algo desterradas de nuestro vocabulario, *pequeñoburguesa*. Para Candón Ríos: “[...] como consecuencia del final del aislamiento internacional a partir de los años 60 en España tiene lugar un desarrollo del tardocapitalismo que se enraizó en la sociedad española a través de los *mass media*. A consecuencia de esto se adoptó entonces una nueva cultura de consumo rápido, mercantilizando toda práctica que fuera susceptible de crear grandes plusvalías, de esta manera la producción artística y literaria se orienta en este sentido. Los mercados y los *mass media* se consolidan como núcleos de influencia con capacidad de regular tendencias de consumo. Las editoriales asimilan este nuevo panorama comercial transformado a sus escritores en marcas, lo que significa que la calidad de sus obras pasa a un segundo plano bajo la maquinaria publicitaria que genera el propio nombre del literato” (2015:187). Y César Antonio Molina completa el panorama cultural de esta manera algo más precisa: “[...] los escritores, los intelectuales y los artistas negocian sus derechos de autor a través de los agentes —exactamente como en la industria del espectáculo— y empujándose para estar en las listas de los más vendidos, que ya no son por fuerza los mejores. Un libro vendido equivale a un votante. Éxito, superventas, récords, firmas masivas: lo que no se vende ya no puede ser bueno” (2014:487).

En pocas palabras, lo cultural, cuando no es dirigido estatalmente, cede el paso a lo económico. Se produce, pues, en los ochenta un contagio de todas las esferas de la vida por algo que parece ser más europeo y eficiente, una simplificación economicista de amplias esferas de la vida cotidiana, aún no del sistema educativo, algo que llegará en los noventa, pero sí de la industria editorial, por ejemplo.

No se trata tanto de que Zambrano aterrice en esa nueva España ignorando la evolución que había emprendido el mercado del libro y la vida

intelectual, pues había vivido en Italia y Francia, países de Europa Occidental y no del bloque soviético. Se trata más bien del regreso a un país que, en cierta medida, le ofrece un resarcimiento por su exilio y ninguneo durante el franquismo a través de dos importantes reconocimientos públicos, como son los dos máximos galardones que la España democrática podía conceder a una trayectoria literaria y filosófica como la suya: el Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades en 1981, y el Cervantes en 1988. En el caso del primero, además, se trataba de la primera vez que se concedía, lo que subraya aún más el carácter emblemático que pretendía conferírsele a la filósofa en lo que se parece querer ser escenificado como una suerte de Premio Nobel español para una nueva fase de la historia de España, en su versión novedosa de monarquía parlamentaria y reconciliada con el sustrato cultural republicano.

Con la llegada del PSOE al poder en 1982 Javier Solana se convierte en ministro de Cultura. Pocos como Solana ilustran mejor la transición realizada por su partido desde la izquierda al neoliberalismo. Muchos de los votantes desencantados se acordaban de su posición contraria a la OTAN, pasando de ministro de Cultura primero a ministro de Educación después, hasta llegar a convertirse en secretario general de la Alianza Atlántica. A Solana le sucedería en 1988 alguien mucho más coherente para el puesto, como era el escritor y superviviente del holocausto Jorge Semprún, pero la transformación de la cultura como un instrumento propagandístico más del nuevo orden democrático, incluso con gobiernos de izquierdas, estaba en marcha. Así la describe José-Carlos Mainer: “La cultura había pasado de ser una reivindicación y una nostalgia a ser una realidad omnipresente y hasta estomagante para algunos: algo que —a los ojos de sus críticos de su concepto público— propiciaba las coartadas de otras ineficacias, un motivo de exhibición y propaganda para políticos ignaros, un espejismo vacuo que ocultaba la carencia de una educación real...” (2001:160).

En cuanto a la presencia de la filosofía en la vida pública española, la Ley General de Educación de 1970 la había afianzado en la enseñanza de secundaria (BUP) y en todas las modalidades de COU o Curso de Orientación Universitaria, en la que se le consideraba vértice epistemológico. La reforma educativa conocida como LOGSE, impulsada por el gobierno socialista, acabaría con dicha centralidad (Fernández Polanco, 2009:9)¹.

¹ No deja de ser curiosa esta contradicción entre un sistema educativo heredado del franquismo que confiere a la filosofía una relevancia mayor que la que se deriva de una ley socialista, la de 1990, que entra en vigor en plena democracia. Fernández Polanco explica este hecho relacionándolo con la rivalidad entre academicismo y pedagogismo, que es para él una forma más de oposición entre «izquierda» y «derecha». Así, el academicismo es considerado en nuestros días «de derechas» y quienes lo defienden son tachados de «conservadores». Desde el bando contrario se les acusa de defender una sociedad

La reforma educativa se ratifica en la tercera legislatura de gobierno del PSOE, ganador de las elecciones de octubre de 1989, adelantadas un año por las desavenencias con los sindicatos, que habían convocado con gran éxito la huelga general del 14 de diciembre de 1988. Solo ese dato es ilustrativo del divorcio que según la opinión pública separaban paulatinamente a gobierno y clase trabajadora, en el marco de un ascenso de valores sociales que iban distanciándose del socialismo para pasar a denominarse socialdemocracia o liberalismo social, prelude de un neoliberalismo que arrasaría ya en los años noventa con el triunfo —en España tardío, como tantas cosas— de la revolución conservadora que se llevaría por delante buena parte del llamado “estado del bienestar”.

Por tanto, esta década de los ochenta, la de la vuelta de María Zambrano a España, es la década del cambio social, la década que empieza siendo una promesa izquierdista (tras el «tejerazo» y el triunfo socialista en 1982) y que acaba para muchos con una palabra que lo resume todo o casi todo: desencanto. En términos económicos ese desencanto tiene que ver con la no-solución al problema del desempleo y la cada vez más evidente deriva liberal, capitalista o neoconservadora de los sucesivos gobiernos socialistas. Como ya se ha visto, uno de los primeros indicios que se tuvo fue la inesperada actitud proatlantista del PSOE en el referéndum de 1985 sobre la permanencia de España en la OTAN, tras años de oposición antimilitarista como una de las señas de identidad de la izquierda en general y del socialismo en particular, que en menos de un lustro pasó de tener un lema como «OTAN de entrada no» al otro diametralmente opuesto: «En interés de España, vota sí». Los primeros casos de enriquecimiento ilícito y de corrupción no tardarían en aflorar.

La evolución que vive el propio concepto de cultura puede visualizarse de manera nítida en la transformación de la industria editorial, que en los años ochenta vive una verdadera eclosión que tira aún del fenómeno del *boom* latinoamericano y de potentes casas editoriales, más fuertes en Barcelona que en Madrid, en simbiosis con nuevos fenómenos socioculturales y políticos, como la aparición de las Comunidades Autónomas y la paulatina inclusión de la lectura en la esfera de todo un mercado del entretenimiento. La generalización del *best-seller* y del reclamo de los libros mediante el número de ediciones o ejemplares vendidos

jerarquizada y desigual, elitista o clasista, escondiendo bajo la asepsia científica un darwinismo social. El pedagogismo sería pues considerado «de izquierdas» y «progresista», y sus defensores verían en él la antesala de la sociedad sin clases y de la utopía postmarxista del hiperconsumo, en la que las masas viven ultradesarrolladas en cuanto a sus capacidades personales gracias al *brain-training* vitalicio que representa para ellas el sistema educativo de la formación permanente (Fernández Polanco, 2009:3). La Ley de Educación de 1990 (LOGSE) respondería a este pedagogismo progresista, que habría intentado responder a la universalización efectiva de la educación en España tras la primera década en democracia.

sustituye al criterio de calidad literaria. Además, la televisión ejerce un monopolio indiscutido, y será el ámbito ideal para escritores que, como Cela o Umbral, saben hacer de la literatura una excusa para convertirse en tertulianos algo frívolos y hablar de todo excepto de literatura.

4. “Amo mi exilio”

Bástenos tomar un solo y breve artículo de María Zambrano publicado por el diario *ABC* el 28 de agosto de 1989 para hacernos una idea de lo lejos que se encuentra su escritura de los nuevos parámetros y tendencias de la industria editorial y de la frivolidad intelectual que se observa en España. En una de las primeras frases de ese artículo, titulado “Amo mi exilio”, nos dice con indudables ecos de Jorge Manrique que “la patria es el mar que recoge el río de la muchedumbre” (Zambrano, 2014:777). Lejos, pues de cualquier concepción que reduzca geográficamente a la patria. Y continúa afirmando sobre el exilio que “el destierro es una cuesta, aunque sea en el desierto” (Zambrano, 2014:777). Hay que subirla siempre, porque “[...]no hay que arrastrar el pasado. Nos falta a los españoles, por muchas apelaciones que los retóricos hagan al pasado y por mucho ahincamiento tradicionalista a los que así se llaman, la imagen clara de nuestro ayer, aun el más inmediato. [...] todo nuestro pasado se liquida con la actitud trágica de España. Es siempre, y para todo pueblo, imprescindible una imagen del pasado inmediato, como examen de los propios errores y espejismos. El presente es siempre fragmento, torso incompleto. El pasado inmediato completa esa imagen mutilada, la dibuja más entera e inteligible. Para mí, desde esa mirada del regreso, el exilio que me ha tocado vivir es esencial. Yo no concibo mi vida sin el exilio que he vivido. El exilio ha sido como mi patria, o como una dimensión de una patria desconocida [...]”(Zambrano, 2014:778).

La identificación del exilio, del destierro, como la auténtica patria, hace como mínimo problemática la aceptación de un regreso a España como regreso a patria alguna. Es como si la autora de *La tumba de Antígona*, quizás la obra más emblemática de lo que supuso para ella el exilio, tuviera dificultades para reconocer la validez de la vuelta a la tierra natal tras haberla sublimado con la renuncia sacrificial de sus 42 años de ausencia, no habiendo escrito, sin embargo, sino desde la esencia y circunstancia, – radical, en palabras de su maestro– de ser española y no poder ser otra cosa. No habiendo podido nunca dejar de serlo, el retorno se vuelve inconcebible sin una reivindicación de su exilio, de esa otra circunstancia igualmente radical. Pero continúa Zambrano con estas palabras espeluznantes: “Creo que el exilio es una dimensión esencial de la vida humana, pero al decirlo me quemo los labios, porque yo querría que no volviese a haber exiliados

[...], que no se conociera el exilio. Es una contradicción, qué le voy a hacer; amo mi exilio, será porque no lo busqué, porque no fui persiguiéndolo. No, lo acepté; y cuando se acepta algo de corazón, porque sí, cuesta mucho trabajo renunciar a ello. [...] no le pido ni le deseo a ningún joven que lo entienda, porque para entenderlo tendría que padecerlo, y yo no puedo desear a nadie que sea crucificado. En mi exilio, como en todos los exilios de verdad, hay algo sacro, algo inefable, el tiempo y las circunstancias en que me ha tocado vivir y a lo que no puedo renunciar. Salimos del presente para caer en el futuro desconocido, pero, sin olvidar el pasado, nuestra alma está cruzada por sedimentos de siglos, son más grandes las raíces que las ramas que ven la luz. Es en la obra del amanecer, trágica y de aurora, en que las sombras de la noche comienzan a mostrar su sentido y las figuras inciertas comienzan a desvelarse ante la luz, la hora de la luz en que se congregan pasado y porvenir” (Zambrano, 2014:778).

Acepta su exilio como algo inefable y sacro, pero no lo desea a los jóvenes que encuentra. Es realmente algo contradictorio, como ella misma se atreve a reconocer. Pero también supone una cierta capitulación. Una conciencia de que todo ha cambiado, pues el tiempo todo lo muda, y de que los jóvenes de hoy tienen la suerte de no tener que exiliarse, una suerte quizá paralela a la desgracia de vivir en una España sin ilusiones comparables a la intensidad que a ella le tocó vivir.

Hay algo de heroísmo homérico en la intensidad y en la juventud truncada si bien no por la muerte, sí por una guerra y por un exilio. Ella misma habla en 1985 de su generación como “generación del toro” en *La muerte apócrifa*, por su sentido sacrificial (Zambrano, 2009:110; 2014:685-686).

“A las patrias –escribía en uno de los borradores de discurso de recepción del Premio Cervantes– lo que les sucede es que cuando aparece una aparecen otras anteriores. Quizás el paraíso perdido, o quizá algún infierno que dejamos olvidado y que nos llama para que lo recojamos, modo de resurrección” (Zambrano, 2014:759-760). Ha de tenerse presente que cuando Zambrano escribe estas palabras siente ya la muerte cercana, y toda su vida ha estado preparándose en ese infierno del que ahora siente, en toda su amarga paradoja, la llamada. En una inversión influida por el gnosticismo y por el mito de Perséfone, la vida terrena ha sido para la pensadora una cárcel, una verdadera muerte en vida, cuya creación metafórica más ilustrativa es su único drama, ya mencionado arriba, *La tumba de Antígona*. Nacer es lo más importante que nos pasa, pero nacemos indigentes y mendicantes, y en ese llegar a ser que es en lo que se convierte el ser para la existencia humana, un llegar a ser inconcluso, se devuelve uno a fin de cuentas a la muerte, ese no-ser de donde surgió.

El retorno de María Zambrano es un retorno a la antesala de la existencia eterna, siguiendo la luz de las antorchas de Hécate hacia la aurora,

mientras nuevas voces que sustituyeron a las antiguas pretenden devolverla a los ínferos de la presencia.

5. Conclusión

Nada confirma mejor que Zambrano no regresa a ninguna parte que la parafernalia con la que se celebra su regreso a España. Los premios son para ella una forma de comparecencia y de visibilidad, una forma aceptada de ser visible. Pero sopesa bien “los riesgos de hacerse visible, los riesgos de un premio así”: “En el nacer simplemente no se nos da el elegir, el hacerlo o no, aunque siempre esté la libertad de decir sí o no al nacimiento. [...] al aceptar este premio, acepto comparecer ante la historia” (Zambrano, 2014:759).

Zambrano, que nunca se había ido, según le comentaba a la periodista recién cumplidos los ochenta años, pincha de raíz la burbuja que se había creado en torno a su regreso a costa de vender la etiqueta de su nombre. No entra ni tiene la intención de entrar en los pueriles y caprichosos juegos del mercado. Quizás ha vivido demasiado, y demasiado intensamente, como para descender a ciertos niveles. Desde la más absoluta sinceridad no le desea, es verdad, esa prisión del exilio a los jóvenes, por ser esa experiencia suya sacra e inefable, pero quizás también porque intuye que las generaciones de nuevos españoles tendrán unas coordenadas existenciales radicalmente diferentes, en las que por ejemplo el exilio no sea llamado así, sino mediante eufemismos como fuga de cerebros o emigración económica. Las ideas parecen ya no ser en Europa un motivo de exilio a fines del siglo XX. La disidencia se hace sutil y mucho más difuminada.

El intento, político primero y mercantil después, de reducir a Zambrano a etiqueta aseguradora de superventas para clientes que mecánicamente compran pero al final no leen, de convertirla en una «rockstar» de la filosofía, al más puro estilo Žižek, fracasa con la sola lectura de algunas de sus obras más relevantes, como *Horizonte del liberalismo*, *El hombre y lo divino*, *Filosofía y poesía*, *Los intelectuales en el drama de España*, *La tumba de Antígona* o *Claros del bosque*. La escritura de María Zambrano es irreductible e innegociable.

BIBLIOGRAFÍA

CANDÓN RÍOS, Fernando (2015), “La literatura posmoderna española: entre el fin de la dictadura y el auge de los mass media”, *Verba Hispanica*, 23, 177-190.

FERNÁNDEZ POLANCO, Valentín (2009), “Filosofía y educación en España (1978-2008)”, *A Parte Rei*, 64, <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/valentin64.pdf>, fecha de consulta: 5 de diciembre de 2015.

MAINER, José-Carlos (2001), “Estado de la cultura y cultura de Estado en la España de hoy (o el Leviatán benévolo)”, en: López de Abiada, J. M.; Neuschäfer, H. J.; López Bernasocchi, A. (2001): *Entre el ocio y el negocio. Industria editorial y literatura en la España de los 90*, Madrid, Verbum.

MOLINA, César Antonio (2014), *La caza de los intelectuales. La cultura bajo sospecha*, Barcelona, Destino.

VARO BAENA, Antonio (2006), *María Zambrano, la poesía de la razón*, Córdoba, Asociación Cultural Andrómina.

ZAMBRANO, María (2009), *Las palabras del regreso*, Ed. Mercedes G. Blesa, Madrid, Cátedra.

ZAMBRANO, María (2014), *OO. CC. VI: Escritos autobiográficos*, Barcelona, Galaxia Gutenberg - Fundación Zambrano - Círculo de lectores.